

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LOS PRECIOS EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA COLONIAL: METODOLOGÍA Y OPORTUNIDADES

Kendall W. Brown*

Al analizar la economía latinoamericana colonial, los historiadores están llegando a conclusiones tentativas sobre la producción de los sectores económicos. Consideremos, por ejemplo, tres casos poco relacionados del siglo XVIII. Primero, la producción de plata en México creció de 48 000 000 de pesos de a ocho reales en 1701-1710, hasta 202 000 000 de pesos para la última década del siglo.¹ Segundo, en la diócesis de Buenos Aires, los diezmos subieron de 35 000 pesos al inicio del siglo hasta casi 350 000 a fines del siglo.² Para el mismo periodo, la producción de vino en el valle de Vitor, fuera de Arequipa (Perú), creció un mezquino 0.1 % anualmente.³ En los dos primeros casos, se asumiría que los grandes aumentos significaron prosperidad para los productores, mientras que en el tercero los vinicultores sufrieron el estancamiento. No obstante, sin tomar en cuenta la historia de los precios durante aquel siglo, es imposible dar más que una interpretación superficial de aquellos datos de producción.

* Dept. of History, Brigham Young University, Provo, Utah 84602, EE.UU.

¹ John J. TePaske, "Bullion production in Mexico and Peru, 1581-1810" (trabajo inédito, s.a.), derivado de John TePaske, *La Real Hacienda de Nueva España, la Real Caja de México, 1576-1816*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1976; y John J. TePaske y Herbert Klein, *Ingresos y egresos de la Real Hacienda de Nueva España*, 2 vols., Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1986-1988. Véase también Richard S. Garner, "Long term silver mining trends in Spanish America: a comparative analysis of Peru and Mexico", *American Historical Review*, vol. 93, núm. 4, octubre 1988, pp. 898-935.

² Cándido P. Guerrero Soriano, "Producción, evolución económica y análisis decimal. Un estudio sobre el Río de la Plata en el siglo XVIII", *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 51, núm. 1, 1994, pp. 105-108, 120-121.

³ Kendall W. Brown, *Bourbons and brandy: imperial reform in eighteenth-century Arequipa*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1986, p. 43.

Examinemos más de cerca las conclusiones mencionadas arriba. La plata obviamente era un producto económico y tenía un valor en el mercado. ¿El gran aumento de producción devaluó la plata en relación con otras mercancías? ¿Ello obligó a pagar más plata por una fanega de trigo o maíz a finales del siglo XVII? Si así fue, ¿qué nos indica esto sobre el impacto verdadero de la bonanza mexicana de la plata? Los historiadores han utilizado los ingresos de los diezmos eclesiásticos para entender los cambios en la producción agrícola. Sin embargo, el valor de la plata pudo haber sufrido una devaluación relativa a la de los productos agrícolas, inflando así las rentas decimales. En ese caso, el valor monetario de los diezmos da una engañosa impresión del cambio en el rendimiento agrícola. Para el caso del vino peruano, los datos de producción explican poco por sí solos sobre la prosperidad de los hacendados de viñas. Si el valor del vino se incrementó en relación con otros géneros, los hacendados habrían obtenido ganancias, aunque su producción variara poco durante el siglo. Por otra parte, si el valor del vino bajó en relación con otras mercancías, los hacendados habrían sufrido una pérdida significativa.

Una comprensión de la historia de los precios es por lo tanto esencial para cualquier análisis de una economía de mercado. Ciertamente el análisis de los precios es importante para interpretar la evolución de la economía latinoamericana, ya que hace posible una comprensión más completa de los cambios en la producción y sus relaciones con el consumo, los niveles de salarios, impuestos y comercio. Escribiendo específicamente sobre la historia económica de América Latina colonial, John Coatsworth ha concluido: “El descuido relativo de la historia de los precios por los historiadores de América Latina, al contrario de los de Europa y Estados Unidos, ha constituido por mucho tiempo el obstáculo individual más importante para el progreso en el campo.”⁴ El presente trabajo tiene como objetivo examinar algunos de los temas metodológicos e interpretativos de la historia de los precios en América Latina colonial, tanto para evaluar el estado actual de los estudios como para indicar las áreas en que se necesita más investigación. Estas observaciones provienen en gran parte de un estudio de precios que realicé para Arequipa, Perú, durante el siglo XVIII.⁵

⁴ Coatsworth, “Economic history and the history of prices in colonial Latin America”, en Lyman L. Johnson y Enrique Tandeter (comps.), *Essays on the price history of eighteenth-century Latin America*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990, p. 21. Una versión española es Johnson y Tandeter (comps.), *Economías coloniales: precios y salarios en América Latina, siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1992.

⁵ Brown, “Price movements in eighteenth-century Peru-Arequipa”, en Johnson y Tandeter (comps.), *Essays on the price history, op. cit.*, pp. 173-200.

OBSERVACIONES METODOLÓGICAS

En su nivel más básico, la historia de los precios requiere de series de datos para un género particular. Idealmente, el precio anual sería el valor promedio de algunos datos en lugar de uno solo.⁶ En el caso de mercancías sujetas a variaciones estacionales, el historiador debe cuidar de ajustar la serie para compensar las fluctuaciones estacionales. Esto resulta especialmente verdadero para un análisis de largo plazo en un alimento básico, donde los precios pueden ser altos inmediatamente antes de la cosecha y sustancialmente más bajos justo después de ésta.⁷ Quizá la serie más famosa de este tipo en la historiografía de América Latina colonial es el estudio hecho por Enrique Florescano de los precios mexicanos del maíz, serie basada en los registros de la alhóndiga de la ciudad de México.⁸ Florescano seleccionó un género de primera necesidad, esperando poder determinar la relación entre los cambios en el precio del maíz y los tumultos civiles.

La elaboración de tal serie para una localidad depende de la disponibilidad de fuentes documentales apropiadas. Como he mencionado, Florescano empleó las cuentas de la alhóndiga. Otros historiadores también se han servido de registros institucionales, incluyendo cuentas de conventos y hospitales, y listas de alimentos y otras mercancías compradas por agencias del gobierno y por las fuerzas militares coloniales.⁹ Tales fuentes son más abundantes para el siglo XVIII que para periodos anteriores. De hecho, para el siglo XVI los datos de precios tienden a ser fragmentarios, en parte porque llevar el registro de las cuentas no había sido institucionalizado. Mientras más registros eclesiásticos sean accesibles, mejor nos proveerán de materia prima para aumentar el conocimiento actual de la historia de los precios. También ofrecen recompensas potenciales las series de protocolos notariales que han sobrevivido en muchas localidades. Para la historia de los precios, sin embargo, los protocolos notariales presentan dificultades considerables; contienen voluminosas informaciones inaplicables a la elaboración de una serie de precios y por tanto se emplea demasiado tiempo en extraer los datos, además de que también es necesario verificar que las ventas y las compras realizadas por individuos diferentes tuvieron circunstancias semejantes. Por otra parte, los protocolos pueden ofrecer información sobre los precios de vivienda, salarios, capital y otras mercancías que muchas veces faltan en los registros institucionales.

⁶ Comparado con el promedio, el valor medio no se tergiversa tanto cuando sólo hay un precio muy alto o muy bajo.

⁷ Por supuesto, se podrían también estudiar los cambios estacionales de precios. En aquel caso, sería importante diferenciar entre las estaciones en vez de los años.

⁸ Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*, Ediciones Era, México, 1986 (la primera edición es de 1969; esta está revisada).

⁹ Compárese, por ejemplo, las fuentes consultadas por los autores de los artículos contenidos en Johnson y Tandeter (comps.), *Essays on the price history*.

Para obtener los datos, son necesarios procedimientos sistemáticos. Los precios de la serie deben ser de igual cantidad y calidad para un mismo género comprado por entidades de un mismo lugar. En condiciones ideales, el historiador podría obtener todos los datos contenidos en series documentales. Si las fuentes registraran muchos precios para cada año, nos darían información sobre los cambios anuales y estacionales, pero este ideal no siempre es posible. Al analizar las cuentas del colegio de los jesuitas de Arequipa, por ejemplo, tuve tiempo limitado para mi investigación, y las cuentas contenían precios de muchas mercancías diferentes. Cuando empecé a recopilar datos, tenía sólo una idea parcial de los géneros que quería incluir en mi estudio. Trigo, maíz, papas, vino y tejidos fueron preferencias obvias, pero encontré referencias de muchas otras mercancías. Decidí registrar todos los precios, pero sólo para meses específicos de cada año. La decisión de hacer un muestreo significó idear un método que no distorsionara los datos. Finalmente recogí datos para los mismos meses de cada año, esperando así alcanzar una consistencia anual. Sin embargo, mi método hizo imposible el estudio de cambios estacionales de los precios agrícolas.

Otro problema que enfrenté fue la duración de la fuente documental. A partir de 1627 las cuentas de los jesuitas pueden consultarse en la Sección Histórica del Archivo General de la Nación en Lima, y continúan así hasta 1688. Pero posteriormente se presenta una falta de registros hasta 1723, y otra de 1748 a 1754. Con la expulsión de los jesuitas en 1767, sus cuentas cesaron.¹⁰ Sin embargo, quería continuar mi análisis hasta el fin del periodo colonial. En consecuencia, consulté los documentos de la Aduana de Arequipa, que van, con escasas faltas, desde 1774 hasta 1818.¹¹ Más tarde tuve que determinar si esta fuente era compatible con los registros de los jesuitas. En general, hube de cuidarme de no mezclar datos de fuentes diferentes. Además, la Aduana de Arequipa no recaudaba impuestos sobre maíz, trigo y papas, por lo que no ofrecía datos sobre los precios de dichos géneros.

Para registrar los datos, diseñé un formulario y recopilé un libro de códigos. El formato contenía ocho variables: lugar, mes, año, género, medida o peso, número de unidades, precio pagado y unidad monetaria. Incluí el lugar esperando que fuera posible analizar en el futuro los precios de otra región. Para cada caso registrado, apunté las ocho variables en una fila del formulario. (La gráfica 1 muestra una fila típica).

¹⁰ Archivo Nacional del Perú, sección Histórica (en adelante ANP), Compañía de Jesús, legs. pp. 28-30.

¹¹ ANP, Aduanas, legs. pp. 1-85.

CUADRO 2. PESOS Y MEDIDAS HALLADAS EN LAS CUENTAS DEL COLEGIO DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS, AREQUIPA

1	arroba	17	cesto	33	arrobado
2	costal	18	mazo	34	fardo
3	libra	19	jarro	35	tercio
4	quintal	20	cajita	36	día
5	fanega	21	petaquilla	37	mes
6	onza	22	petaca	38	caiz
7	botija	23	madeja	39	toldo
8	carga	24	caja	40	chipa
9	odre	25	pares	41	tercio
10	unidad	26	manejo	42	semana
11	olla	27	docena	43	año
12	resma	28	pan	44	par
13	perulera	29	zurrón	45	ducia
14	vara	30	botijuelas	46	cabo
15	media	31	por cien		
16	par	32	saco		

Al regresar de Perú, el siguiente paso fue preparar los datos para su manipulación en la computadora. Con un *software* de estadística llamado *StatPac* (otros como SAS o SPSS me podrían haber servido bien, pero *StatPac* estaba disponible entonces para la computadora personal), traté de convertir cada precio de un género al mismo tipo de medida y moneda. Esto no siempre fue posible. Algunas veces las cuentas ofrecían medidas o pesos diferentes para el mismo género. Se registraba el azúcar, por ejemplo, en arrobas, libras y panes. Fue posible convertir las libras en arrobas, o viceversa, pero “panes” era un término demasiado vago para ser útil. También fue difícil la decisión de agregar o no las mercancías semejantes pero registradas con nombres diferentes en las cuentas. En el cuadro 1, por ejemplo, ¿sería legítimo agregar “anascote”, “anascote blanca” y “anascote negra”?

Después de preparar los datos para su ordenación, empecé los análisis iniciales. Primero hice una distribución de frecuencias para determinar cuántos datos había de cada mercancía. Por mis investigaciones anteriores, tenía alguna idea de los géneros que me interesaba estudiar, pero las frecuencias fueron útiles para identificar otros bienes comúnmente comprados y usados por el colegio de los jesuitas. Entonces preparé gráficas para los géneros más importantes, mostrando los movimientos anuales de sus precios, y calculé también las tendencias lineales. Esto concluyó la parte más directa del proyecto, pues había compilado series individuales de precios para un grupo de productos diferentes. Éstos incluyeron mercancías producidas localmente, tales como trigo, maíz, papas, vino, azúcar, aceite de oliva, carneros y ají. Otros

géneros venían de la región andina, como hojas de coca, bayeta y paños de Quito. De Europa, los jesuitas obtenían muchos tipos de lienzo, así como hierro, acero y papel, entre otras mercancías.

Después de obtener los datos y prepararlos para el análisis, estaba listo para estudiarlos. De pronto el proyecto se complicó ya que aun la historia del precio de un solo género, como el maíz, es problemática. Durante el periodo colonial, solamente algunas partes de la economía estaban monetarizadas. Grandes porciones de las mercancías producidas localmente, incluyendo los alimentos básicos, no se vendían, sino que se trocaban. Además, los altos costos de transporte impedían el comercio de géneros abundantes, como maíz, trigo y papas, en mercados distantes.

Los factores de mercado tampoco estaban completamente libres para establecer los niveles de precios. El concepto de un precio justo a veces entraba en juego, dando el peso teológico a los intentos del gobierno por controlar las fluctuaciones de los precios.¹² Cuando la población sufría un terremoto, una inundación u otro desastre, a veces el gobierno decretaba una rebaja de la tasa de juros y censos para que el capital fuera menos caro. Esto ocurrió después del terremoto que destruyó Lima en 1746, motivando a otras ciudades a solicitar rebajas semejantes.¹³ En una sociedad colonial donde los campesinos sufrían coerción y dependencia, factores fuera de la oferta y la demanda tenían con frecuencia un papel en la determinación del nivel de precios. Un hacendado, por ejemplo, podía arbitrariamente fijar precios bajos para los granos cultivados por sus peones inquilinos. Los corregidores andinos exigían precios exorbitantes por las mercancías vendidas a través de sus repartimientos de comercio, sabiendo que su poder político y judicial podía obligar a los indios a pagarlos. En tal caso, los precios del mercado libre no correspondían a lo que se pagaba por los repartos. En un caso como éste, el historiador ha de determinar los objetivos de su estudio. Para examinar los costos de vida para los indígenas andinos, no sería suficiente considerar solamente los precios urbanos del mercado libre. Al mismo tiempo resultaría interesante comparar los costos rurales con los urbanos para ayudar a determinar el nivel de opresión.

Por tanto, en mi estudio cada serie de tiempo de un género individual daba una impresión general de cómo el nivel de precios para ese producto había cambiado. Consideremos, por ejemplo, el caso del vino arequipeño.¹⁴ Hacia

¹² Para un ejemplo del comportamiento del virrey de México y la Iglesia durante una crisis agrícola tratando de bajar el precio del maíz, véase R. Douglas Cope, *The limits of racial domination: plebeian society in colonial Mexico city, 1660-1720*, University of Wisconsin Press, Madison, 1994, pp. 129-132.

¹³ Por ejemplo, "Poder del MYC para pedir mercedes; al señor marqués de Monterreal, 28 junio 1784", Archivo Municipal de Arequipa, LCA.01, fol. 305.

¹⁴ Brown, "Price movements", *loc. cit.*, pp. 176-179.

1630 una botija de vino se vendía en aproximadamente 25 reales. El precio subió un poco hasta 1660, pero entonces comenzó un declive gradual. Durante el decenio de 1720 una botija valía 20 reales, y hacia la década de 1760 el vino había subido otra vez a 25 reales. Sin embargo, ¿qué significaron estos cambios?, ¿qué revelaron sobre la economía local o virreinal? Por sí sola, la serie de precios de vino ofrecía pocas señales. Para interpretar los precios del vino, habría que considerar otros factores, como los cambios demográficos, las mudanzas de gusto (¿cambió la preferencia de la población por otra bebida?), así como la producción y comercio de vino dentro del mercado arequipeño y en la región donde los arequipeños vendían sus vinos. Los cambios fiscales y las fluctuaciones en la reserva de dinero pudieron también influir en los precios del vino.

Además de la historia de los precios de los géneros individuales, los historiadores se interesan también por los precios relativos, cómo los valores cambiantes de mercancías se relacionan unos con otros. Para Arequipa fue importante considerar los precios relativos de vino y de aguardiente de uva, porque éste se destilaba de aquél. Los precios del vino aumentaron de 2.3 pesos por botija hacia 1680, hasta cuatro pesos en 1760, y después llegaron a un precio más alto. Mientras tanto, el precio del aguardiente también aumentó durante la primera mitad del siglo XVIII, pero después cayó drásticamente en 1760. Muchos factores influyeron obviamente en estos movimientos de precio. Los gustos de los consumidores, la política real de impuestos, las epidemias, la rebelión andina de 1780-1782 y las condiciones económicas del mercado causaron cambios en los precios del vino y del aguardiente.¹⁵ Por supuesto, los precios locales de estos productos se vieron afectados también por la oferta y la demanda en otras partes, como Potosí, La Paz y Cuzco, algunos de los principales mercados de Arequipa.

Obviamente no todos los precios se movían paralelamente. La oferta y la demanda influyeron los precios de manera individual más que colectivamente. Las condiciones de mercado también diferían mucho entre regiones. Por tanto, los movimientos de precio en México probablemente eran diferentes a los del Alto Perú, así como los precios cubanos no necesariamente fueron iguales a los argentinos. Además, aun dentro de una misma localidad, las amplias diferencias sociales y culturales influían en los patrones de consumo. Para los campesinos indígenas el trigo no fue tan importante como para los españoles; en los Andes, el mercado del vino no fue el mismo que para la chicha.

Con todo, sería útil tener una idea general de los cambios en el costo de vida en América española colonial. No obstante, debido a las dificultades de transporte, un índice único de precios para toda la América española no sería suficiente. Algunos historiadores han intentado construir índices para el costo

¹⁵ Brown, *Bourbons and brandy*, *op. cit.*, pp. 40-53.

de vida de regiones específicas,¹⁶ pero determinar cuáles géneros y la cantidad de cada uno que debería incluirse en el índice es extremadamente difícil. En verdad nuestro conocimiento del consumo colonial, especialmente entre las clases bajas rurales y urbanas, es muy impresionista. Por supuesto, sin tomar en cuenta los cambios en el nivel de los salarios, es también imposible evaluar los índices de consumo. Los precios de géneros de primera necesidad podrían haberse elevado modestamente, por ejemplo, mientras los sueldos aumentaban más. En consecuencia, lo que inicialmente parecería ser un costo de vida relativamente más alto, al ser corregido por el nivel de salarios, se volvería en lo contrario.

La consideración del costo de vida conduce inevitablemente al nivel general de precios y a su comportamiento de cambio en la América española colonial. El nivel general de precios ($M\% - 18p$) se ha definido tradicionalmente como $p = (mv) / c$, donde m representa el volumen de la reserva monetaria, v la velocidad de su circulación y c la cantidad de bienes y servicios disponibles.¹⁷ Para el historiador de la América española colonial, sería muy difícil medir precisamente estas variables económicas. La reserva de dinero consistía principalmente en el oro y la plata de las minas coloniales, y la producción minera ha sido estudiada considerablemente por los investigadores así como también la cantidad de metales preciosos exportados desde la región.¹⁸ En teoría, entonces, estos análisis deberían proporcionar una buena aproximación de m . No obstante, algunas cuestiones han surgido sobre la cantidad de producción minera de contrabando y la cantidad de oro y plata que, sin registrar, se exportaba de las colonias. Michel Morineau, por ejemplo, asegura que los registros oficiales subinformaron seriamente del derrame de metales preciosos.¹⁹ De igual forma, m , que parece ser la variable más fácil de calcular, resulta problemática.

El pensamiento económico monetarista afirma, especialmente para los siglos XIX y XX, que la cantidad de la reserva monetaria es la causa principal de los cambios en el nivel general de precios. Los estudios de Earl J. Hamilton intentaron mostrar la relación entre las importaciones españolas de metales

¹⁶ Véase, por ejemplo, tres artículos en Johnson y Tandeter (comps.), *Essays on the price history*, op. cit.: Lyman L. Johnson, "The price history of Buenos Aires during the viceregal period", pp. 137-172; Brown, "Price movements", loc. cit., pp. 173-200, y Dauril Alden, "Price movements in Brazil before, during, and after the gold boom, with special reference to the Salvador market, 1670-1769", pp. 335-373.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Y. S. Brenner, "The inflation of prices in early sixteenth-century England", en Peter H. Ramsey (comp.), *The price revolution in sixteenth-century England*, Methuen, Londres, 1971, p. 69.

¹⁸ Véanse las fuentes citadas por Garner en "Long-term silver mining trends", loc. cit., para una idea de la bibliografía relevante.

¹⁹ Morineau, *Incroyables gazettes et fouleux métaux: les retours des trésors américains d'après les gazettes hollandaises (XVI-XVIIe siècles)*, Cambridge University Press, Nueva York, 1985.

preciosos y los cambios en el nivel general de precios durante los siglos XVI-XVIII.²⁰ La conveniencia de esta teoría para esos siglos ha recibido numerosas críticas por parte de los estudiosos de la historia económica europea.²¹ Por otra parte, los historiadores de la América española colonial no se han esforzado, hasta ahora, en estudiar la relación entre la producción minera y los cambios en el nivel general de los precios coloniales.

OPORTUNIDADES EN LA HISTORIA DE LOS PRECIOS HISPANOAMERICANOS

El último cuarto del siglo ha visto pasos concretos para llenar la falta de estudios detallados sobre los precios coloniales. Existen análisis para algunas ciudades durante el siglo XVIII.²² Los trabajos dan una idea general del movimiento de precios para el siglo borbónico, tanto de los géneros americanos como de las mercancías europeas. Para el periodo anterior a 1700, tenemos pocos estudios,²³ aunque algunos historiadores han intentado dar una visión general de los precios para aquel periodo, especialmente Ruggiero Romano.²⁴

²⁰ E. J. Hamilton, *American treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650*, Harvard University Press, Cambridge, 1934, y E. J. Hamilton, *War and prices in Spain, 1651-1800*, Harvard University Press, Cambridge, 1947.

²¹ Ingrid Hammarström, "The price revolution of the sixteenth century: some swedish evidence", en Ramsey (comp.), *The price revolution, op. cit.*, pp. 42-68, y Pierre Vilar, *A history of gold and money, 1450-1920*, Humanities Press, Atlantic Highlands, 1976.

²² Además de las obras contenidas en Johnson y Tandeter (comps.), *Essays on the price history, op. cit.*, véase también Marcel Haitin, "Prices, the Lima market, and the agricultural crisis of the late eighteenth century in Peru", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, núm. 22, 1985, pp. 167-198; Richard L. Garner, "Price trends in eighteenth-century Mexico", *Hispanic American Historical Review*, vol. 65, núm. 2, 1985, pp. 279-325; Silvia Galicia, *Precios y producción en San Miguel el Grande, 1661-1803*, Dirección de Estudios Históricos, INAH, México, 1975; Virginia García Acosta, *Los precios del trigo en la historia colonial de México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1988; Aníbal B. Arcondo, *El ocaso de una sociedad estamental: Córdoba entre 1700 y 1760*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1992; Enrique Tandeter y Nathan Wachtel, *Precios y producción agraria: Potosí y Charcas en el siglo XVIII*, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, Buenos Aires, 1983; y Pablo Macera, *Precios del Perú: siglos XVI-XIX: fuentes*, Fondo Editorial del Banco Central de Reservas, Lima, 1992.

²³ Además de algunos trabajos mencionados arriba, los de Woodrow W. Borah merecen atención: con Sherburne F. Cook, *Price trends of some basic commodities in central México, 1534-1570*, University of California Press, Berkeley, 1958, y *Price trends of royal tribute commodities in Nueva Galicia, 1557-1598*, University of California Press, Berkeley, 1992, *Ibero-Americana*, vol. 55.

²⁴ R. Romano, "Movimiento de los precios y desarrollo económico: el caso de Sudamérica en el siglo XVIII", *Desarrollo Económico*, núm. 3, 1963, pp. 31-43; y R. Romano, "Some considerations on the history of prices in colonial Latin America" en Johnson y Tandeter (comps.), *Essays on the price history*, pp. 35-72. Como una obra precursora, la base de datos para el primero es débil. El segundo es muy polémico, pero contiene observaciones penetrantes y una comprensión global de los problemas. Véase también Pedro Pérez Herrero, "Comercio y precios en la Nueva España: presupuestos teóricos y materiales para una discusión", *Revista de Indias*, vol. 44, núm. 174, 1984, pp. 465-488; y

Por tanto, los historiadores tienen muchas investigaciones que realizar antes de que existan los análisis necesarios para una comprensión tanto de los movimientos de los precios coloniales como de su relación con la economía. En especial, necesitan series de precios de los géneros básicos para las regiones principales de la América española. Es notable que no exista un análisis para Lima, la Ciudad de los Reyes y capital del virreinato peruano.²⁵ En cuanto a los siglos XVI y XVII, casi todo está por hacer, las fuentes documentales son más escasas haciendo más difícil la tarea. Por otra parte, los historiadores deben empezar a integrar en sus trabajos lo que se sabe de la historia de los precios. Por ejemplo, un bosquejo muy informativo sobre la historia económica colonial, resumiendo las investigaciones más recientes, no brinda casi ninguna atención al tema de los precios.²⁶ Para lograr un óptimo beneficio de las investigaciones sobre la economía colonial, debe reconocerse la importancia de la historia de los precios, ya que casi no hay tema de la vida económica que no esté influido por los precios.

Un aspecto final de la historia de los precios merece atención: la necesidad de hacer accesibles los datos para el uso de otros investigadores. Tradicionalmente, los historiadores han guardado sus notas de investigación para uso exclusivo; sin embargo, para un historiador no tiene sentido repetir la laboriosa recolección de datos ya realizada por otro. Una vez que el historiador termina su proyecto, debe proveer sus datos a la comunidad investigadora, para que todos puedan emplearlos. Con la acumulación de series de datos, sería posible desarrollar análisis comparados de la historia de los precios en las diferentes regiones de América Latina. Los economistas con interés en la historia también podrían aprovechar tales fuentes, haciendo los cálculos sofisticados que quizá estén fuera del alcance de la gran mayoría de los historiadores.

Para conseguir progresos en el estudio de los precios, necesitamos encontrar una manera de compartir los datos. Para una imprenta universitaria o casa editorial, sería muy caro imprimirlos. Más práctica es la posibilidad de ofrecer los datos a otros investigadores por medio del Internet. Algunas series de datos pequeñas ya están disponibles, con la dirección electrónica de <http://milkman.cac.psu.edu/rlg7/hist/proj/garner.html>.²⁷ *Latin American Economic His-*

Oreste Popescu, "Contribuciones de teoría monetaria a la economía indiana", *Desarrollo Indoamericano*, núms. 96-97, noviembre de 1994, pp. 5-15.

²⁵ Con excepción del artículo de Haitin mencionado arriba.

²⁶ John R. Fisher, *Relaciones económicas entre España y América hasta la independencia*, Mapfre, Madrid, 1992.

²⁷ Se incluyen una serie de los precios de maíz mexicano para 1525-1820 (<ftp://squash.la.psu.edu/pub/ladatabank/prices/colonial/mexico/maize/1525-820>); una serie de salarios mexicanos para 1700-1815 (<ftp://squash.la.psu.edu/pub/ladatabank/wages/colonial/mexico/1700-815>); los ingresos de la caja matriz de México para el siglo XVIII (<ftp://squash.la.psu.edu/pub/ladatabank/treasury/colonial/mexico/central/1701-809>); la producción de plata en Zacatecas, 1690-1821 (<ftp://squash.la.psu.edu/pub/ladatabank/silver/colonial/production/zacatecas/1690-821>); los precios de algunos géneros seleccionados en Zacatecas, 1760-1821, incluyendo maíz, jabón, lana, chile y azúcar (<ftp://squash.la.psu.edu/pub/la>

tory Newsletter también se publica en Internet y podría ayudar a coordinar la adición de otros datos a la colección. Esto haría posible que los historiadores de todo el mundo obtuvieran las series de datos que ya existen.

databank/silver/colonial/production/zacatecas/1690-821); los precios de algunos géneros seleccionados en Zacatecas, 1760-1821, incluyendo maíz, jabón, lana, chile y azúcar (<ftp://squash.la.psu.edu/pub/ladatabank/silver/colonial/production/zacatecas/1760-821>); y la producción de plata en México y los Andes, 1559-1810 (<ftp://squash.la.psu.edu/pub/ladatabank/silver/colonial/production/total/1559-810>). Las series han sido puestas en el Internet por el profesor Richard L. Garner, de Penn State University.